

SUPERBIA VITAE

De todos los males que afligen la humanidad, uno, sobre todo, ha tenido tan enorme desarrollo y ha cobrado tales proporciones, que hoy ni con mucho podrá desarraigarse de ninguna sociedad, pero ni siquiera de la más cristiana. El es el orgullo, llamado por los moralistas, soberbia de la vida, *superbia vitae*.

Al colocarnos frente a la humanidad, que parece moverse hoy más que ayer y que aspira ir mañana más allá de donde hoy se encuentra, no hallamos de real sino la retrogradación del bien moral, el relajamiento de la virtud y el reinado del vicio, estimulados todos por un progreso material, meramente material, que a su vez arranca del más inmoderado orgullo. Tal es el espectáculo que ofrece el siglo XX en todas sus repercusiones y novedades tan llenas de expresión, pero tan faltas de fondo.

El orgullo, dicen los autores, es el amor desordenado de la propia excelencia. Definición completa, armónica y eminentemente racional, porque ¿qué otra cosa es el menosprecio de la igualdad proclamada por el cristianismo, la codicia, el lujo y la vanidad, y aun el mismo conato de mayores progresos en la materia, sino desordenado amor de nosotros mismos? ¿Qué sino amor y admiración de las propias perfecciones (que son muy pocas desde luego) es el grito de independencia y rebelión lanzado por el racionalismo y cuyos retumbos van por todo el dombo de la tierra a recibir los aplausos de la humanidad oprimida bajo la idea de un Sér Supremo?

Sí, tal es el orgullo. Es el menosprecio de la igualdad que debe reinar entre los hombres, de aquella igualdad tan digna y santa proclamada por la primera y única verdadera religión que vieron los siglos, porque

la soberbia ensimismada en su propia grandeza no ve en sus semejantes sino meros átomos que giran en torno suyo atraídos por la cohesión de sus brillos deslumbrantes; porque no siendo posible eliminar la noción de superioridad relativa entre los hombres, el orgullo debe admitirla, pero admitirla en sí y absolutamente, ya que al lado de su especie no hay sino vasallos rebeldes que se empeñan en negar su dependencia, ya que vistos todos ellos en el espejo de su propia convicción, sólo él descuella y se destaca, sólo él compone la cifra de la humanidad que debe gobernar al resto de ella.

En el orgullo está también la causa de tantas injusticias sociales, que pretendiendo la opinión justificarlas con el deseo de sanear las costumbres y de perfeccionar al hombre, no han tenido por origen sino el interés de encontrar el mayor número posible de puntos diferenciales entre unos y otros hombres; sino la necesidad nunca bien execrada de separarse éstos de aquéllos, y el no resignarse a viajar todos a lo largo de una vida de entronques específicos consagrada por los más sanos principios de la filosofía y la moral cristianas.

Sin olvidar que soy el primero en reconocer y justificar la existencia de cierta superioridad *relativa* de unos sobre otros y el que la sociedad está en el deber de amparar el reinado de la moral y de las buenas costumbres, quiero negar a voz en grito el reconocimiento que generalmente se tributa a la osadía, la más atrevida y la menos humanitaria de pretender diferenciar a los hombres por el solo hecho de su fortuna, o su nacimiento o de la posesión de ciertas dotes que son en verdad una prerrogativa valiosa, pero que en nada alteran la esencia del hombre que sigue siendo como todos animal racional.

Y cómo no lo he de hacer si me lo enseñan la religión en cuyo seno vivo y el lema de la bandera a cuyo amparo estoy? ¿Acaso se es libre y hay orden

allí donde la superioridad es del potentado por su riqueza o sus conocimientos, con prescindencia de la virtud? Lo único que merece hacer diferencia entre unos hombres y otros es su fondo moral, la mayor o menor perfección que hayan adquirido por la práctica de la virtud y del bien; lo demás nada importa: todo lo que queda no es sino el antifaz que cubre el rostro de la miseria humana.

Es verdad que el talento merece singular distinción y que ha estado siempre por sobre lo que no es él; pero el secreto está en que anda de la mano con la virtud y se dirige a beneficiar, de veras, la condición del hombre. Y si no ¿qué es el talento desviado, provocador de cismas, fundador de sectas, que en todos los tiempos ha surgido amenazante y descontentadizo en busca de fementidas reformas o acaudillando corrientes separatistas de la humanidad ilusa? Nada, como no sea la ruina de los pueblos y de las mejores civilizaciones. Con cuántos ejemplos pudiera ilustrar semejante aserción: pero andemos breve.

En cuanto a la manera de nacer los hombres ¿qué importa que su cuna haya rodado entre gasas y sido meneada por todas las comodidades y aun excesos de la ostentación moderna? ¿No es lo mismo, luego, la crisálida que suspende en el hueco de un tronco carcomido que la colocada allá en el alero de un palacio? Y ante el mundo ¿qué da o que quita el que flores y convites vengan a festejar nuestro primer encuentro con la luz del día, si más que la armonía de los convites y la fragancia de las flores puede durar el eco y el aliento de nuestros gemidos? Ostentación y nada más: orgullo, vanidad, soberbia.

Y todo esto porque el amor desordenado de la propia excelencia nos hace creer que no habiendo qué enmendar en lo interior, el mundo reconocerá como nués-

tro lo que exhibamos en lo exterior, y que mientras más ostentemos, y ojalá lo que nuestros semejantes no tienen, más derecho nos cabe de pasearnos engraidos por esa calle ancha que lleva el nombre de siglo XX, de pertenecer a la aristocracia del oro.

Toda criatura que nace se recibe por la sociedad conforme a la mayor o menor pompa que rodee su cuna; y así, mientras el hijo de un magnate circula oculto entre cintas y encajes y sedas, de regazo en regazo, recibiendo por doquiera oráculos y alabanzas que él todavía no oye, el cuerpecito desnudo del nuevo burgués yace dormido sobre una humilde piel o se deshace en ignorados vagidos allá entre el terroso rincón en que ha caído.

El fruto continuo de la flaqueza humana, es inicuamente abominado no por ser tal, sino porque casi siempre nace miserable, y porque ya que la sociedad lo tolera, débese enumerar ese otro punto diferencial, so pretexto de tan negra mancha que sale a la frente del proscrito, mancha que está, no en esa frente tierna e inocente, sino en la mirada enferma de la humanidad cegada por el olvido de sus propias miserias. Y tanto es así, que todos aquellos abolengos, blasones y ejecutorias, hoy afrentados por el mismo orgullo que los creó, yacen sepultados en la esfera de la sociedad incógnita sólo porque a la voluptuosidad y conatos del siglo, sobreponen el recato natural al pobre, la virtud y el aislamiento del tráfico moderno. En esta parte, sólo hay, pues, la exageración de un escrúpulo que no se siente, y no la actividad de una sociedad moralizadora y sana.

El eje de la humanidad hoy es el oro, la codicia su instituto, y la fatuidad su norma. Y qué es la codicia? El deseo desordenado de riquezas, concupiscencia de los ojos, vástago que siempre ha crecido a la sombra del orgullo.

La *superbia vitae* mirada por este nuevo aspecto no es sino la suplantación de unos motivos a otros mo-

tivos de distinción entre los hombres. En efecto: ¿qué significa el deseo desordenado de poseer cada día más y más tesoros? Sencillamente la necesidad que nos impone el orgullo de buscar un medio de diferenciarnos de nuestros semejantes, porque ya que el cristianismo borró de la humanidad la odiosa práctica del vasallaje, como también, en asocio de evoluciones políticas las nunca bien abominadas distinciones entre castas y noblezas, vacías de fondo las más de las veces, se imponía a la soberbia, que nunca morirá, la necesidad de buscar otra creación que a la vez sirviese de línea limitrofe con los demás hombres y de flagelo que pudiese destorcer en sus espaldas. Sí, pues el orgullo no sólo quiere la categoría y el aislamiento sino la destrucción de todo lo que no exista para homenaje suyo; porque él quiere ser único: no puede convenir que otros vivan con él y como él. ¡Qué ironía, qué olvido de la miseria humana!

Y qué es la codicia sino la degradación por esencia? ¿Acaso el hombre codicioso no abdica su naturaleza realizada por las bellezas del espíritu para tender decidido a la materia? ¿Y por qué, si esto es así, recibimos en triunfo al que el mundo rodea de riquezas, sea él quien fuere, y despreciamos al desheredado de la fortuna, no importa que sea un sabio o un virtuoso? Nunca la humanidad dejará de ser un niño a quien deslumbra el brillo de la mariposa fugitiva.

El orgullo, pues, está vestido de oro, porque el oro es el rey del mundo y todos los hombres sus vasallos: había necesidad de que lo buscasen solícitos aquellos que aspiran a sentarse a su lado.

Mas como la variedad sirve lo mismo al bien que al mal, el orgullo quiso presentarse de colores y creó las múltiples necesidades que hoy satisface la vanidad con sus diferentes matices, aquella vanidad

que es al mismo tiempo culminación del más exagerado egoísmo y azote de la humildad cristiana. Porque debido al deseo de aparecer el primero en atractivos que cautiven la mirada de los incautos, la voluptuosidad se ensimisma y da la espalda en corceles que dejen un reguero de luz sobre las piedras, anda siempre llena de joyas, aderezos y perfumes, sin ver que con esto no hace, a la verdad, sino disfrazar con la belleza de los atavíos la fealdad de su cuerpo y de su alma. Y como la humildad cristiana no sigue sus huellas, no puede seguir las, pero tampoco la admira, la vanidad se declara enemiga de ella como de todo lo que es austero y da menos preponderancia al cuerpo que al espíritu.

Y qué mucho que la vanidad se ensañe contra la moderación si lleva sus odios hasta la misma miseria? ¿Cuántas veces no se afrenta al pordiosero, nuestro hermano, que se acerca a decir que tiene hambre? Y se afrenta precisamente porque se atreve a presentar sus harapos y sus orfandad ante aquel trono magnífico en que gobierna despótico el corazón soberbio y egoísta. ¡Qué impiedad y qué ignorancia!—¿Acaso el cuerpo que está cubierto apenas por harapos no es la misma hechura que lleva sobre sí radiantes esmeraldas y tejidos de valiosa hebra? ¿Qué agrega el esmero, iba a decir la altanería, con que la voluptuosidad se contonea junto a la jiba del anciano quejumbroso que anda acobardado y tímido cual si supiese que hoy más que ayer la pobreza es un delito?

Por otra parte, la vanidad es la menos discreta manifestación del orgullo. Porque el oro vive oculto, las pretendidas noblezas de otros tiempos no siempre fueron conocidas, pero vése por doquiera que la vanidad se hizo a propósito para andar por las calles o exhibirse en centros donde tiene su docel la ostentación del siglo.

Mas esto no es todo, porque no satisfecho el orgullo moderno con distinguirse mediante los progresos de civilizaciones pasadas, pidió a la que hizo su aparición en el teatro del siglo XIX la invención y factura de vehículos en cuyas cámaras sólo pudieran viajar los dueños del oro; le pidió también la manera de comunicarse con los demás potentados, no como lo hacen el burgués y el proletario (ya no se dice esclavo ni innoble), sino de un modo tal a que no pueda llegar el pensamiento de la miseria, que talvez ni piensa; y le tiene exigido a esa moderna civilización que cuando sus progresos actuales vengan al alcance de aquella esfera inferior, vuelva a poner la cabeza entre sus manos hasta encontrar otro y otro descubrimiento, de manera que siempre exista una frontera inaccesible entre unos hombres y otros, a fin de que la humanidad marche nunca hombro a hombro, en ninguno de los estados de la vida.

A este mal moral, la soberbia de la vida, se debe hoy el progreso material; y de ahí que todo lo que ha sido fruto de la invención, todo lo que se ha descubierto en los últimos tiempos, tienda al beneficio de la parte percedera e inferior del hombre, a dar comodidad y deleite a los sentidos. Ahí están los sistemas de locomoción, la cinematografía, tantos juegos deportivos, etc.; pero ¿por dónde aparecen los métodos adecuados, y ni siquiera la iniciativa correspondiente, a la inculcación de los principios de la moral, dónde la lectura edificante que borre de los pueblos el conato del crimen? Los autores eclesiásticos no son leídos porque no usan el lenguaje del siglo, porque no hablan de las cosas de este mundo; por otra parte no dejan tiempo las exigencias sociales ni lo toleran el bullicio y las atracciones del día. Luego qué hacer? Progresar, dice el egoísmo, todo eso se opone al progreso; lla-

mando así las fábricas, los mecanismos, la mayor abundancia y perfección de los sistemas bélicos, etc., lo cual no es, a la verdad, sino otras tantas consecuencias de ese amor inmoderado de la propia excelencia, porque si en nosotros está todo, qué nos importa lo de más allá? No es eso *flatus vocis*?

Cierto que la dignidad del hombre llega hasta donde ninguna otra dignidad va sobre la tierra, cierto que su papel en el plan del Creador fue el primero; mas no por eso debe mirar con gesto hostil a sus semejantes, quienesquiera que ellos sean, porque, o todos somos el rey de la creación, o todos aquel puñado de polvo que tomó la vida de un soplo allá en el paraíso.

G. ATUESTA
alumno oficial.

EL NUEVO ELEMENTO

Reviste especial interés el descubrimiento de nuevas especies químicas, por los múltiples nexos de esta ciencia con las demás. No menos importante es la influencia sobre la filosofía y las ciencias aplicadas; sin ella les faltaría el apoyo necesario para el esclarecimiento de ciertos hechos que lindan con la molécula.

Está por demás anotar lo fundamental para toda educación, el conocimiento de la ciencia de Lavoisier, unida estrechamente a la historia de muchas naciones por ser la base de su prosperidad y poder.

Ayer, no más, eran problema la preparación de medicamentos, los combustibles, las materias colorantes, alimentos y abonos, las materias primas así como la utilización de los productos reciduales de la industria. El estudio de la constitución funcional de la molécula química acabó con muchas utopías, y ha venido a establecer la unidad armoniosa de la materia, dentro de la cual parece que sean formas estables pero no